AMALIA,

ó

NO TODAS SON COQUETAS.

AMALIA,

Ó

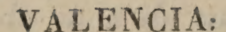
NO TODAS SON COQUETAS.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ESCRITA EN PROSA,

QUE SE HA DE REPRESENTAR EN EL TEATRO DE ESTA CIUDAD EN EL MES DE NOVIEMBRE DE ESTE AÑO.

POR ASCANIO FLORÍGERO.



VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1827.

Hablar mal de la muger
A quien debemos la vida,
Inconstante y fementida
Haciéndola siempre ver:
Calumniar sin conocer
Las amables y discretas,
Es de jóvenes veletas
Que tratan algunas viles:
Corre pues, Talía, y diles:
Que no todas son coquetas.

A mi Amigo D. F. de P. G.

Ridiculizar los vicios y hacer amables las virtudes sencillas con el egemplo es, amigo mio, el obgeto del Teatro: no aterrar con espectáculos bárbaros, ni endurecer el corazon á fuerza de hablar de crímenes y pintarlos con colores halagüeños. Asi lo hicieron los primeros maestros de la Scena; asi los inmortales Corneille, Moliere, Driden, Goldony y Moratin, á quienes Talía ha concedido las primeras palmas.

Los ojos se apartan de esas Comedias, en las cuales los asesinos, el puñal y las traiciones se suceden con la mayor rapidez, y se cierran para no ver sobre las tablas un cadalso, horrorizado el corazon cuando sube á él un inocente.

¡O tú, cuya sensible alma se ha estremecido mas de una vez con semejantes atrocidades, recibe esta

Comedia que te dedico, considerando que no es un modelo de perfeccion, sino un Drama que no tiene otro mérito que el entusiasmo que su autor respira por la virtud, y su inestinguible odio al vicio. Mejorar las costumbres nacionales, y grabar en los tiernos corazones con la educacion y el egemplo los grandes sentimientos que elevan los hombres á héroes, son los móviles de todos sus escritos.

Si encuentras pues aqui combatidos algunos de los principales defectos de que adolecen los jóvenes del dia; si te parece el argumento sencillo, y guardadas fielmente las modernas leyes del arte, quedará satisfecho un amigo que te ama, y que se complace en darte este testimonio público de su amistad y gratitud.

ACTORES.

DON FELIPE.......... *Padre de*
DOÑA AMALIA, *y de* } *Primas de*
DOÑA ELISA........... }
EL MARQUES DE ** *Coronel.*
DON ANTONIO.
DON JUANITO.

La Scena es en una villa del Reino: principia á las ocho y media de la mañana, y concluye á la una de la tarde.

ACTO PRIMERO (1).

SCENA PRIMERA.

El Marques y Don Antonio.

Don Antonio.

Sí, Marques: mi corazon no ha olvidado aquellos felices dias de paz que en el colegio pasamos cultivando las ciencias. Las impresiones que entonces recibe el hombre, duran cuanto dura su vida; y en este instante esperimento una tierna complacencia en verte. Aun recuerdo los continuos debates que teníamos cuando tú pensabas mal de algun nuevo condiscípulo, y yo le defendia.

Marques (2).

Ya estarás desengañado del género humano: el conocimiento de sus maldades te habrá hecho mas perspicaz.

Don Antonio.

De tòdo hay en el mundo: y en fin, una mezcla de vicios y virtudes compone

1 *El Teatro representa un cuarto de la casa de Don Felipe, con dos puertas practicables que conducen á lo interior de la habitacion. El Marques deberá llevar uniforme.*
2 *Con desconfianza.*

el cuadro de cada ser. ¿Qué piensas de la familia de tu tio?

Marques.

Hace dos dias que he llegado, y para conocer á un hombre no basta toda la vida: dos dias y me parecen dos siglos.

Don Antonio.

Si la habitacion no te acomoda, puedes con cualquier pretesto cambiarla por la mia. Desde que murió mi padre, la bondad de tu tio me obligó á vivir en su casa para disminuir mi sentimiento; y me trata como á su único amigo, como á hijo, segun me llama algunas veces.

Marques.

Mi tio es un buen hombre. Te doy mil gracias por la oferta: mi disgusto no lo causa la habitacion; en cualquier parte estoy bien. ¿Sabes el motivo de mi venida?

Don Antonio.

Nada sé, Marques: presumo que será el gusto de conocer á tus parientes.

Marques.

¡Ojalá fuese asi! Escucha y compadéceme. Mi casa no cede á ninguna en timbres y antigüedad; y estos blasones la obligan á sostener un rango superior á sus rentas. Debilitadas por las recientes guerras que nos han destruido, era preciso buscar la alian-

za de alguna familia noble, sí, pero poderosa. Mi tio ha enriquecido á fuerza de vivir en este despreciable pueblo, y el dote de sus hijas es el blanco de la ambicion general. Ya tiempo que mi padre deseoso de sacrificarme hablaba de mi casamiento con una de sus sobrinas, cuando un nuevo incidente ha acabado de perderme. Mi tia materna la Condesa, viuda de Ramo-abierto, me instituye por heredero suyo si me caso dentro de un mes con una de mis primas. A este obgeto he venido con real licencia, y he estrañado no encontrarlas. Se me ha dicho que estan en casa de una amiga en el campo, y que hoy en regresando se concluirá mi sacrificio, porque mi destino no me permite estar muchos dias aqui.

Don Antonio.

¡Tu lenguage me admira! pero puede perdonársete, porque no has visto á tus primas. Cuando te sorprendan su hermosura, sus gracias, sus virtudes....

Marques.

Calla, Antonio, que son mugeres.

Don Antonio.

Y que sean mugeres, ¿qué tiene que ver con lo que digo?

Marques.

¡Virtudes en las mugeres! Antonio, ¡virtudes en las mugeres! ¡Ah! tú vives en un pueblo.

Don Antonio.

Marques, no te alucines tan facilmente. Has bebido la doctrina general en la corte, y esas palabras son ya muy comunes. Hablar mal del bello sexo se tiene por una prueba de esperiencia y de talento; y cuatro lechuguinos que solo han saludado en el paseo á otras iguales á ellos, disponen á su arbitrio del honor y de la opinion. En su boca todas son ó fáciles ó coquetas: ni distinguen de caractéres ni de clases. Y como dentro de ellos nada bueno encuentran, de nada bueno creen capaces á sus semejantes.

Marques (1).

Estoy por creer que me engañas: tú no dices lo que sientes.

Don Antonio.

Mis labios, Marques, siempre estan acordes con mi corazon.

Marques.

¿Estás enamorado?

Don Antonio.

Yo amo la virtud, y defiendo la inocencia.

Marques.

Y ¿donde has hallado virtud é inocencia?

Don Antonio.

Hasta ahora puedo asegurar que en todas

1 *Con desprecio.*

las señoras que he tratado en la corte y en el pueblo. He tenido cuidado en no proporcionarme conocimientos en los paseos ni en los cafés. Antes de frecuentar el trato de una joven, me he procurado informar si era digna de mi amistad; y he obrado en su consecuencia. Donde he visto vicios he huido, y solo he seguido á las que profesaban mis principios. La ternura y la sensibilidad de este sexo me han hecho mas humano; y en ellas he observado mas rasgos de virtud que en muchos hombres. En fin, no olvido que mi madre era muger, y que á sus cuidados y cariño debo la existencia. Hasta luego, Marques.

SCENA II.

El Marques solo.

Marques.

¿Qué he oido? ¡Un joven y hablar asi! Sin duda está enamorado. ¡Elogia tanto á mis primas, habla tan bien de ellas, y vive en esta casa! ¡Pobre de mí! Casarme con una muger que quizá habrá amado á otro; y si le ha amado ó le ama.... Y ¿que he de hacer? Pillaré la herencia de mi tia y el dote de mi esposa: luego con cualquier pretesto me separaré de ella. No quiero ser esclavo de los caprichos, ni vivir con una alma baja.

SCENA III.

El Marques y Don Felipe.

Don Felipe.

Buenos dias, sobrino.

Marques.

Muy felices, tio.

Don Felipe.

Ya habrás descansado enteramente de tu precipitado viage.

Marques.

Si, señor, he descansado.

Don Felipe.

Hombre, no me pareces muy alegre. ¡Siempre estás tan serio y pensativo! desde que has llegado que observo poca satisfaccion en ti.

Marques.

Y mis primas, ¿cuándo regresan de casa de su amiga?

Don Felipe.

Hoy regresan, y quizás dentro de una hora.

Marques.

Esa amiga sin duda tendrá padre, hermano ó marido que será amigo de las primas.

Don Felipe.

Es probable.

Marques.

Pues ¿qué vos no lo sabeis?

Don Felipe.

No lo sé, pero en viniendo lo preguntaremos.

Marques.

Y ¿creeis que diran la verdad?

Don Felipe.

No hay ningun motivo para faltar á ella. Mis hijas son sinceras é incapaces de engañar á su padre. Estraño que pienses con tanta libertad de tus propios parientes. Mas vamos á otro asunto. ¿Cómo has dejado á mi hermano? Quiero que me cuentes todas las particularidades de su gota, ya que hasta ahora no hemos tenido tiempo de hablar.

Marques.

¡Qué he de deciros! Que el enemigo tiene puesto el sitio á la plaza, y si llega á asaltarla, la victoria será completa. Los médicos temen que suba al pecho, porque entonces moriria sin remedio.

Don Felipe.

¿Con que temen los médicos que suba al pecho? ¡Pobre hermano! ¡Cuánto daria por verle! Sin embargo, yo soy mayor que él, y mi médico no teme que suba al pecho.

Marques.

Pues ¿qué vos tambien padeceis de gota?

Don Felipe.

¡Ah! Yo padezco unas terribles jaquecas que acabaron con mi buena Leonor, con tu tia, que en paz haya.

Marques (1).

Hace bien vuestro médico en no temer que suban al pecho.

Don Felipe.

Calla: ¿qué ruido es aquel? Sin duda son mis hijas: ¡qué pronto han llegado! En efecto (2), aqui vienen.

SCENA IV (3).

El Marques, Don Felipe, Doña Elisa y Doña Amalia.

Doña Elisa.

¡Padre mio!

Doña Amalia.

¿Cómo estais, mi buen padre?

Don Felipe.

Llegad, hijas mias, á mis brazos. ¿Sabeis que vuestra ausencia me desconsuela,

1 *Con ironía.*
2 *Mirando á dentro.*
3 *Salen Doña Elisa y Doña Amalia con vestidos sencillos de camino, y luego que ven á su padre se arrojan á sus brazos, haciendo una cortesía despues al Marques.*

y que solo estoy bien junto á vosotras? ¿Os habeis divertido en el campo?

Doña Elisa.

Si, señor: los obsequios no merecidos que hemos recibido de la familia de nuestra amiga Leonor, la hermosura de la huerta, y el aire puro que alli se respira, nos han llenado de satisfaccion. Solo la presencia de nuestro querido padre ha faltado para completar nuestra felicidad. La madre de Leonor os saluda, y desea conoceros.

Don Felipe.

Aprecio la atencion de esa señora. Hijas mias, tengo el gusto de presentaros vuestro primo que hace dos dias ha llegado con el obgeto de ofrecer su mano á una de vosotras segun las disposiciones de vuestra parienta la Condesa. Confio que os esmerareis en obsequiarle y agradarle conforme es debido á una persona que nos es tan allegada.

Doña Amalia.

¡Ay! (*aparte*).

Doña Elisa.

Nos complacerá mucho llenar vuestros deseos.

Don Felipe.

Asi debe ser.

Marques.

Primas, vuestros obsequios sean cuales fuesen no pueden menos de serme agrada-

bles. Cuando el amor no estrecha, obliga la gratitud.

Don Felipe.

Mala cosa es casarse por gratitud y no por amor.

Marques (1).

Muchos hay que contraen ese lazo sin sentir ninguno de los dos afectos. Si el interior de las almas se viese, ¡qué admirados quedariamos unos de otros!

Don Felipe.

Aqui no entendemos ese lenguage. El que se casa, se casa porque quiere: dice claro, me gusta, ó no me gusta. Asi me casé yo con tu tia, y me ha ido perfectamente, sobrino.

Marques.

¡Dichoso pueblo, donde se puede hacer lo que se quiere! ¿Con que las señoras gozan aqui la facultad de rehusar?

Don Felipe.

¿Y por qué no? ¿Habian de ir al altar violentadas, y despues maldecir toda la vida á su padre que las habia aconsejado ó quizás precisado? No señor: yo amo á mis hijas, y no deseo que me deban su infelicidad; si la buscan, que lo imputen á ellas mismas.

1 *Con intencion.*

Marques (1).

Permitid, tio, que con el respeto que os debo diga: que esa es una libertad muy funesta. Las mugeres no saben distinguir lo bueno de lo malo, y eligen siempre lo que despues lloran. A mas, si hoy se creen con facultad de rehusar, mañana se creerán con facultad de mandar el mundo entero. A pesar de que su condicion es tal, perdonad, primas, mi franqueza, que aunque adoren á uno, si otro se presenta con proposiciones de matrimonio, él logra la palma.

Doña Amalia.

Me parece que siempre debe haber alguna escepcion. Las señoras de honor solo conocen un cariño, una obligacion: y si sus familias no les permiten seguir los impulsos de su corazon, mueren sin unirse á otro; pero nunca, primo, nunca le venden.

Doña Elisa.

El desayuno estará dispuesto, y Don Juanito nos espera tambien. Con la turbacion de la llegada me olvidé que nos habia acompañado, y que quedó en el otro salon examinando unas pinturas.

1 *Entre tanto habla el Marques, Doña Elisa y Doña Amalia le miran ya con asombro, ya con desprecio. El Marques lo observa y aumenta su flema y sus sarcasmos.*

Marques.
¿Podré saber quién es ese caballero?

Doña Elisa.
El primo de nuestra amiga Leonor.

Marques.
Ya....

Doña Amalia.
Vamos pues, Elisa: primo, ¿os desayunareis con nosotras?

Marques.
Con mucho gusto.

Doña Elisa.
Padre, vos quedaos, que Don Juanito me ha dicho tiene que hablaros de un asunto; y os lo enviaré aqui.

Don Felipe.
Muy bien, hija mia. (*Vanse*).

SCENA V.

Don Felipe solo.

Don Felipe (1).
¡Válgame Dios! ¡Qué hombre tan particular es mi sobrino! Podrá ser un santo, pero á mí no me gusta. ¡Es tan seco, tan

1 *Paseándose.*

malicioso, y está siempre tan pensatívo! ¡Ah! La virtud es alegre; el vicio triste. Si uno le dice algo, en el momento sale con alguna sentencia. Los jóvenes deben ser mas modestos y humildes. Sin embargo, es preciso que se cumpla la voluntad de mi parienta, y unida la herencia al dote de mi hija compondrá un caudal inmenso. Sí: he pasado toda mi vida en la oscaridad de un pueblo, ahorrando para hacer ricas á mis hijas, y ellas deben gozar del fruto de mi economía.

SCENA VI.

Don Felipe y Don Juanito (1).

Don Juanito.

Os beso la mano. ¡Qué pinturas! He visto cosas prodigiosas y de mucho mérito. No puede menos de alabarse vuestro gusto. Sin duda sois aficionado á las bellas artes. ¡Oh! Yo lo soy mucho. Sí, ¿no lo seré? Casualmente hablais con un inteligente. Tengo dos tios individuos de la Academia de San Fernando; y mi padre, mi padre mismo pierde el seso con la pintura. A mí primeramente me dieron maestros de dibujo, geografía y frances; pero luego como murió mi abuelo,

1 *Entra con la mayor precipitacion, y Don Felipe viendo su aturdimiento, y observando la rapidez con que habla, le mira entre admirado y displicente.*

el sentimiento me lo hizo olvidar todo, y por no volver á comenzar despedí mis maestros.

Don Felipe.

Me hago cargo.

Don Juanito.

¡Pero me separo del obgeto de mi conversacion! Si mi padre ya me lo dice, que mi cabeza... Pues, señor, habeis de saber, que cuando dejé Madrid.... ¿Es cierto que este pueblo es muy grande, y hay en él rostros muy hermosos? Sí, si lo he oido decir. Cuando estudiaba geografía me lo aseguró mi maestro. Ved si estaria adelantado, que ya distingo la diferencia de caras en España.

Don Felipe.

Se conoce, se conoce. Si gustais podeis seguir vuestra relacion.

Don Juanito.

Es verdad. Mas ¿dónde me quedé? No me acuerdo.

Don Felipe.

Hasta ahora no he entendido una palabra.

Don Juanito.

No importa; principiaré. Mas ahora que me ocurre. He visto al pasar por el comedor un cuadro que por su belleza parece de Rafael. ¡Aquella perfeccion, aquella actitud de lugareño, aquellos brazos caidos con

tanta gracia, aquel cuerpo medio vuelto! Hacedme el favor de poneros en su posicion: dejad ese brazo (1).

Don Felipe.

Poco á poco, caballerito: ¿Qué intentais? ¿Con que he de ser yo la copia del cuadro? Callad, callad por Dios: alabais una pintura que es obra de un cualquiera que pasando por este pueblo, en tiempo de mi padre la hizo por una bagatela para matar su hambre: ¿y la comparais con las del inmortal Rafael, y la creeis suya? Decidme os suplico en qué puedo serviros, y dejad para otro rato lo demas.

Don Juanito.

Eso iba yo á principiar: mi relacion. Antes de salir de la Corte obsequiaba á una señorita de las principales que hacia justicia á mi mérito, quiero decir que me correspondia. Una cierta tarde.... Será mejor que os cuente cómo me enamoré de ella. Iba yo en compañía de un amigo á misa á la Soledad, y al entrar en la Iglesia nos paramos. Estariamos cosa de un minuto cuando vienen dos señoras, y la mas joven de ellas me mira. ¡Ah! Llevaba yo un vestido muy rico capaz de llamar por sí solo la atencion, sin ayuda de mi figura; porque mi padre

(1) *Coge el brazo de Don Felipe en ademan de ponerlo en la figura que acaba de describir: pero este le repele suavemente separándose dos pasos hácia atras.*

me asegura muchas veces que soy buen mozo. Así es que me miró, la miré lleno de contento, me agradó, tosí, y ella tosió tambien. ¡Qué alegría, Don Felipe! No os parezca que yo soy tonto: ¡Oh! conozco mucho las mugeres; y al ver unas señales tan manifiestas de su amor, mi compañero y yo entramos en la Iglesia. Hicimos muy bien: ¿quién sostendrá lo contrario? No creo que vos....

Don Felipe.

No señor: erais dueño de vuestras acciones.

Don Juanito.

Eso sí: puedo aseguraros que en toda la misa no separó el uno los ojos del otro. Se acaba, la sigo....

Don Felipe (1).

Perdonad: ¿es muy largo lo que habeis de contar?

Don Juanito.

No señor: si....

Don Felipe.

Lo digo porque nos sentariamos.

Don Juanito.

Concluyo en cuatro palabras.

1 *Don Felipe habrá manifestado con sus ademanes disgusto al oir á Don Juanito: y no pudiéndole por fin sufrir le interrumpe.*

Don Felipe.

Pues bien; decid en qué puedo serviros, y dejaos lo demas. Las niñas nos estarán esperando para almorzar juntos.

Don Juanito.

Es verdad: mas vereis con qué rapidez acabo mi relacion (1). La seguí en efecto á su casa, la saludé, y me contestó: fue mucha dicha. Loco de contento regresé á mi habitacion, y le escribí una carta amorosa. En ella le esplicaba mi pasion, y le daba palabra de casamiento. Pasados unos dias, como Madrid abriga tantos pícaros, no faltó quien le dijo á mi padre que yo amaba á una señora de costumbres sospechosas. A mí no me advirtieron nada, solo me prohibieron salir de mi cuarto sin compañía. En tal estado resolví venir al campo á ver á mi tia, y encontré por fortuna á vuestras hijas.

Don Felipe.

Habeis concluido, y yo me he quedado en ayunas. No sé qué relacion tenga lo poco que he entendido, ni con vuestra tia ni conmigo.

Don Juanito.

¡Ah! se me olvidaba lo mejor. Mi tio el General se ha empeñado en que sea militar.

1 *Principia á hablar tan de prisa que casi no se le entiende.*

Don Felipe.

Y bien.

Don Juanito.

Es el caso que no deseo serlo.

Don Felipe.

No lo seais.

Don Juanito.

¿Con que me aconsejais redondamente que no ciña espada?

Don Felipe.

Hombre, yo nada os aconsejo: ¿me he de oponer á vuestra voluntad sin tocarme semejante negocio?

Don Juanito.

No señor, no señor, no digo eso: es que mi tia me ha aconsejado que lo consulte de paso que acompañaba á las señoritas. Me quiere mucho: ¿quién mi tia? apostaria á que me quiere mas que á su hija. El otro dia le conté francamente mis disgustos, y me respondió: que eso no eran cosas de mugeres, y que podria tomar consejos de otro, si tenia quien me los diese.

Don Felipe.

¿Y sobre qué he de aconsejaros?

Don Juanito.

No señor, no señor, tampoco es eso: no he concluido todavía.

Don Felipe.

Pues por Dios acabad, y sepamos qué quereis.

Don Juanito.

¡Verdaderamente que mi tia tiene unas cosas! Quisiera que ella hubiera venido, y me escusaba de esta comision.

Don Felipe (1).

Será preciso que entre á buscar el desayuno.

Don Juanito.

¿Y me dejais sin oirme?

Don Felipe.

¡Calabaza con el tal joven! Media hora que estamos hablando, y todavía no sé lo que quereis decirme. He perdido la paciencia, y solo he ganado una fuerte jaqueca.

Don Juanito.

Perdonad; ¡si mi padre continuamente me predica lo mismo, y yo no hago caso! Pero (2) ¡Ay! un joven se acerca: os lo diré en otra ocasion.

Don Felipe (3).

Gracias á Dios: es Antonio.

1 *Dirigiéndose hácia dentro: Don Juanito le detiene.*
2 *Mirando hácia dentro.*
3 *Volviendo la vista á lo interior por donde viene Don Antonio.*

SCENA VII.

Los mismos y Don Antonio.

Don Antonio.

Felices dias, mi buen amigo: (1) bésoos la mano, caballerito (2).

Don Juanito.

Os beso la vuestra.

Don Felipe.

A Dios hijo mio: ya han regresado las niñas: ¿las has visto? Desayunándose están.

Don Antonio.

Fui á dar un paseo por el huerto, y al subir las he encontrado en efecto almorzando con el Marques. Parece que han dispuesto que comamos hoy en vuestra casa de campo en obsequio de su primo.

Don Juanito.

En el campo, ¿he? A mí me gusta mucho. Un pueblo es siempre un pueblo: ¡pero el campo! vamos el campo alegra nuestras facultades, todo lo convierte en placer, y cura el mal humor. ¿Os divierte tambien á vos comer en el campo? (3)

1 *A Don Felipe.*
2 *A Don Juanito.*
3 *A Don Antonio.*

Don Antonio.

Si señor, me divierte.

Don Juanito.

Disimulad; no puedo sufrir mas tiempo la ausencia de aquellas amables señoras, y asi corro á buscarlas. Hasta luego, amiguitos, hasta luego (1).

SCENA VIII.

Don Felipe y Don Antonio.

Don Felipe.

¡Qué cabeza tan destornillada! Apenas sé lo que me pasa, Antonio. Tú has visto correr mis dias tranquilamente: me has visto sentado á la sombra de un arbol que tengo, gozar todos los placeres. ¡Ay! este arbol son mis hijas, y su amor la sombra. Si me lo roban, ¿qué será de mí? Es preciso que una de las dos se case con mi sobrino, y que huya lejos á infestarse en los vicios de la corte, que abandone á su infelice y anciano padre para no volverle á ver: y que en vez de la tranquilidad y paz que ahora su corazon disfruta, la cerquen las turbulencias, el desasosiego y quizás la desgracia.

1 *Hace grandes cortesías, y vase corriendo y cantando.*

Don Antonio.

¿Qué oigo? (*aparte*): No deja de ser sensible á un padre deshacerse de prendas que tanto ama. Sin embargo las leyes de la sociedad, la naturaleza misma, la dicha de vuestras propias hijas y su bien estar exigen este sacrificio. Señor, si perdeis vuestras hijas, os quedará siempre un hijo agradecido, que cerrará vuestros ojos, y á quien nada en el mundo separará de vuestra amistad.

Don Felipe.

¡Ay hijo Antonio! ven, abrázame: dame este consuelo (1).

Don Antonio.

¡Oh! padre mio, ¡qué placer!

Don Felipe.

Tu noble generosidad endulza mi pena, te suplico que nunca me abandones. Ocupa el lugar de Amalia: ella por ser la mayor debe casarse con mi sobrino. ¡Oh! Cuando tú te cases hemos de vivir tambien juntos, y tu esposa será una nueva hija.

Don Antonio.

¡Qué desgraciado soy! (*aparte*) Nunca sucederá eso: no deseo mas amor que el vuestro.

1 *Se abrazan.*

Don Felipe.

Antonio, los años pesan sobre mí, y pronto tendré que doblarme á su carga. Moriré, y si tú no te has proporcionado una compañera que suavice tu dolor, y llene el vacío de nuestra amistad; ¿qué será de ti solo, huérfano y sin parientes en el mundo?

Don Antonio.

¿Por qué acibarais con esos pronósticos un dia tan feliz como este por estar destinado para el arreglo de las bodas de una persona que nos es tan amada?

Don Felipe.

No, no, Antonio: tú me has de dar palabra de que se han de efectuar dos enlaces. He destinado, como te he dicho, á Amalia para el Marques, y Elisa queda soltera. Te quiere, no lo dudes: es sencilla, sensible y candorosa. No debia decirlo, es verdad, porque al fin es mi hija: pero, Antonio, créeme: será una buena esposa, y una escelente madre de familia. Se tú pues el padre de sus hijos.

Don Antonio (1).

Perdonad, señor; perdonad, padre; yo no merezco....

1 *Confundido y admirado.*

Don Felipe.

Vamos, deja esas tonterías: tu corazon mereoe una reina.

Don Antonio.

Disculpadme: decís que mi corazon.... ¡Ah! Es un ingrato para mí.... Padre mio, mi desesperacion ha trastornado mi cerebro.

Don Felipe.

Tu situaciòn me desconsuela, y no puedo salir de mi admiracion: ¿No merece mi amistad tu confianza?

Don Antonio.

No me echeis en cara mi ingratitud: mis penas se aumentan con esas palabras. Dentro de dos dias sabreis el misterio, y conocereis que no era indigno de vuestro amor. No puedo mas, me retiro.

Don Felipe.

No, tú no te retirarás sin que se unan mis lágrimas á las tuyas: ¡Ay pobre de mí! Si tu padre, si mi mejor amigo, que me libró la vida dos veces, se levantase del sepulcro, y viese lo desgraciado que es su hijo á mi lado, ¡cómo me trataria de ingrato y falso! Antonio, ¿qué es esto? Nosotros hemos sido felices hasta hoy: nunca ha anublado tu rostro el pesar: siempre alegres hemos partido como hermanos nuestras delicias, y entre las ciencias y el campo hemos

empleado nuestro tiempo. ¿Qué genio maléfico ha roto los lazos de nuestra dicha?

Don Antonio.

Yo solo soy el ingrato que vierto hiel sobre vos. No creais sea desdichado: en esta casa nadie lo puede ser. Fui formado mas para gozar de los placeres morales que de los físicos. Mi alma cumpliendo con los deberes de la gratitud y del honor disfruta tanto como otros hombres acariciados por el amor, ó halagados por la fortuna. Permitidme pues seguir mis inclinaciones: permitid que conociendo el mal estado de mis intereses, renuncie á una felicidad que miraria como la suprema dicha, sino recayese contra vos.

Don Felipe.

¡Oh alma grande! Tú has de ser el esposo de Elisa: por hoy no te importunaré mas: cuento con tu palabra de que dentro de dos dias sabré este misterio. Entre tanto ayúdame á arreglar las capitulaciones de las bodas de Amalia. Mi sobrino como es militar ha obtenido licencia para venir por pocos dias, y se ha empeñado en que se concluya todo por horas. ¡Si vieses mi corazon! Su caracter nada me gusta: estoy lleno de temores.

Don Antonio.

Es preciso mi sacrificio (*aparte*). Si mi opinion os sirve de algo tomo la defensa de mi amigo. Le conozco desde que estudiamos juntos en el colegio; sé que su genio es

duro, y algo desconfiado, pero el fondo me parece muy bueno. Su juicio y su talento son grandes: ha leido con mucho fruto, y se esplica con facilidad y elegancia. Será, no lo dudeis, un digno esposo, cual lo merece Amalia, que mirará con probidad y honradez por sus intereses y felicidad (1).

Don Felipe.

¿Has oido? Me llaman: vamos á ver lo que quieren.

Don Antonio (2).

No, señor: me quedo con el Marques que viene (3).

SCENA ULTIMA.

Don Antonio y el Marques.

Marques.

¡Antonio!

Don Antonio.

¡Marques!

Marques.

No sé lo que tengo. Una desazon, una espina me traspasa el pecho.

Don Antonio.

Amigo, no te entiendo. ¿Estás enfermo?

1 *Se oye dentro la voz de Elisa que grita padre.*

2 *Mirando á una de las puertas por donde viene el Marques.*

3 *Vase Don Felipe por una puerta, y el Marques entra por otra.*

Marques.

Ni yo me entiendo á mí mismo. Solo me alivio suspirando: ¡Yo suspirar! Y ¿por qué?

Don Antonio.

Entonces el daño nace de tu corazon. Quizás alguna pena oculta te aflige: si en algo puedo servirte, cuenta con mi afecto.

Marques.

Te tomo la palabra: ¿nos oye alguien? cerraré las puertas (1).

Don Antonio.

Tú me desazonas.

Marques.

Antonio, Antonio, ya soy el mas infeliz de los hombres. Este pecho rebelde, cuyo orgullo siempre miró con el desprecio que se merece al bello sexo; este infame pecho, Antonio, ama (2).

Don Antonio.

¡Ama, Marques! Y ¿á quien ama?

Marques.

La vergüenza me sufoca: tú eres el pri-

1 *Cierra las puertas con grande misterio, y vuelve á la scena.*

2 *Pronuncia el* ama *al oido de Don Antonio, agitado y como si se le hubiese escapado la confesion de un crimen.*

mer mortal de quien me fio: si me vendes, renuncio al género humano. Amo á Amalia: desde el momento en que ha llegado, su hermoso rostro, su lenguage.... ¡Qué digo! ¡Oh, desgraciado! he perdido el juicio.

Don Antonio (1).

¿Tú amas á Amalia? ¡Cielos!

Marques.

¿Qué indica esa turbacion?

Don Antonio (2).

Nada, amigo: la sorpresa de ver tu repentina mudanza. Recibo un placer en oirte variar de ideas, y adoptar mis principios. Eres dichoso, Marques: amas, y puedes casarte con el objeto de tu cariño. Tu tio piensa darte á Amalia por ser la mayor.

Marques.

Este me engaña: voy á verlo (*aparte*). A mí me es indiferente.

Don Antonio.

¿La amas, y te es indiferente?

Marques.

La verdad, Antonio, he concebido la sos-

1 *Inmutado.*

2 *Disimulando; el Marques lo conoce, y adopta un tono frio y seco como el que usó en todas las anteriores scenas.*

pecha de que tú adoras á Amalia, y por mejor imponerme en el secreto he usado este ardid. Me gusta mas Elisa, y pienso casarme con ella.

Don Antonio.

Pero Don Felipe ha determinado que sea Amalia tu esposa.

Marques.

¿Qué le interesa á mi tio que mi eleccion recaiga en favor de una ó de otra? debe serle igual. He trazado un proyecto, ¿si tú lo aprobases?

Don Antonio.

Dime cuál es.

Marques.

Que se concluyan hoy dos bodas: la tuya con Amalia, y la mia con Elisa.

Don Antonio.

No puede ser, es imposible.

Marques (1).

¡Qué poca franqueza! Dicen que el primer consuelo de la amistad es abrirse mutuamente los pechos, y depositar el secreto que nos atormenta, en el alma de nuestro amigo. Te he confesado mi preferencia á Elisa, y no obstante me niegas la tuya á Amalia.

1 *Afectando unos sentimientos que no tiene.*

Don Antonio.

No puedo resistir ese lenguage, y prefiero que me llamen debil, á que me echen en cara la menor ingratitud. Es cierto que he amado á Amalia; que no amaré nunca á otra muger, y que mi felicidad se ha desvanecido con mis esperanzas. Su padre acaba de manifestarme su resolucion de casarla contigo, y mi amor es demasiado generoso para consentir en privarla de la fortuna que se la ofrece. Soy un simple particular, y tú un Marques: respeto la distancia que el cielo ha puesto entre los dos, y te deseo la dicha que algun dia creí poder gozar. ¡Ah amigo! Si verdaderamente lo eres mio, te suplico que no te opongas á la voluntad de tu tia. Pudiera atribuirseme tu repugnancia, y pensaria haber criado en su seno una sierpe que le ahogase en pago de sus beneficios.

Marques (1).

O no eres hombre, ó hay hombres en el mundo mejores que juzgaba.

Don Antonio.

¡Ay, si supieses los favores que debo á esta familia! mi existencia, tantos dias de tranquilidad y dicha que á su lado he conseguido; las virtudes que su egemplo ha impreso en mi corazon, todo, todo es obra suya.

1 *Con ironía.*

Marques.

¡Pobre Antonio! Y ¿Amalia te correspondia?

Don Antonio.

¡Ay, Marques! ese es mi mayor tormento.

Marques (1).

¿Con que tú abusando de la hospitalidad que te dispensa mi tio, has seducido á su hija? ¡Yo me casaria con una muger que es idolatrada, é idolatra á un joven con quien ha vivido tanto tiempo unida bajo un techo, y ofreciéndoseles cada momento ocasion de responder al instinto de sus pasiones.

Don Antonio.

¡Qué oigo! ¿Asi abusas, hombre falso, de mi confianza? ¡Seducir á Amalia! ¡responder al instinto de nuestras pasiones! Ahora si que te has dejado ver conforme eres. Sabe que á Amalia nadie es capaz de seducirla: que su pecho está cubierto de planchas de bronce, para no dejar entrada al vicio; y que si alguna vez fuese tan despreciable que no pudiese la razon dirigir mis afectos, tendria valor para cesar de existir, antes que empañar mi honor.

Marques (2).

¡Con que facilidad te acaloras! Tienes á

1 *Con una indignacion que no puede encubrir.*
2 *Con una frialdad insultante.*

tu disposicion el entusiasmo, del mismo modo que las mugeres las lágrimas y el rubor. Ya que te empeñas en ello, será mia Amalia: ahora mismo haré que se ponga fin á este negocio para tu descanso.

Don Antonio.

Te lo agradezco con toda mi alma. Si por un efecto de delicadeza Amalia se resistiese al principio, no te enfades, y persuádela con justas razones.

Marques.

¡Qué tonteria! Las mugeres conocen muy bien sus intereses. Hazte cuenta que carecia de una muñeca para pasar su tiempo, y se ha divertido en jugar á amores contigo, entre tanto que no se presentaba nadie á ofrecerla su mano. Ahora que ve abierta la puerta de su felicidad, el rango de Marquesa, las diversiones de la Corte y sobre todo el matrimonio, no será tan necia que la cierre, y se quede para llorar privaciones que siente.

Don Antonio.

¡Qué modo de esplicarse tan maligno! ¡Infeliz Amalia, qué corazon tan lleno de recelos ha cabido en suerte á tu elevado corazon! Marques, yo la conozco, y sé que no alberga tan bajos sentimientos. Da gracias á la suerte que te destina la primera muger del mundo, y trátala conforme se merece. Hoy comemos en el campo,

y parece regular que nos unamos á los demas. Los preparativos estarán hechos; quizás nos esperarán.

Marques (1).

Una palabra antes, Antonio. Que nadie sepa nuestra conversacion, y puesto que Amalia ha de ser mia, respétala: si sé que vuelves á hablar á solas con ella, lo descubro todo á mi tio.

Don Antonio.

¡Dios mio, á qué estremos me ha reducido mi indiscreta confianza! Marques, Marques, los hombres de honor no abusan de los secretos que se les confian.

Marques (2).

Eres muy inocente, y no conoces á los de tu especie. Entiende que amo ciegamente á Amalia, y que puesto que he de hacer el sacrificio de casarme ha de ser con ella, con ella sola. Te encargo la prudencia y el silencio; porque los que nada bueno esperamos del género humano, nada bueno nos creemos obligados á obrar con él. ¿Me has oido?

Don Antonio.

Sí, pero tú eres....

Marques (3).

Prudencia, repito, Antonio. No todos

1 *Dándole golpecitos en el hombro.*

2 *Con risa irónica.*

3 *Procurando irse, y deteniéndole el Marques.*

son Don Felipes: hay tambien cuerdos que procuran estudiar el interior de cada uno para utilidad suya. Eso de corazon elevado, alma noble, fiel amistad y bellos sentimientos, guárdalo para contarlo á las jóvenes inocentes que se dejan engañar con tan pomposos nombres: conmigo es preciso ser francos, ó se pierde el tiempo. Vayamos andando.

Don Antonio.

¡Ojalá fuese á morir!

ACTO SEGUNDO (1).

SCENA PRIMERA.

Don Antonio y Doña Amalia.

Doña Amalia (2).

Antonio, ¿por qué huyes? Detente, espera: te lo mando en nombre del amor.

1 *El Teatro representa un óvalo con su cenador y correspondientes asientos, del jardin de la casa de campo de Don Felipe. Habrá algunos andenes que conducen á las habitaciones de la misma. Se supone que no penetra el sol por estar cubierto con las ramas de los árboles.*

2 *Deteniendo á Don Antonio, que hace esfuerzos por separarse.*

Don Antonio (1).

Nos perdemos si me detengo. Permite, querida, que me ausente. El cielo nos separa, y es inutil resistir á sus infalibles decretos.

Doña Amalia.

¡Tú tiemblas, tú procuras evitar mi vista, te escondes de todos, y me hablas de separaciones! ¿Qué indica este misterio? ¡Ay! Me has olvidado: no eres tú el mismo: ¡Infeliz de mí! ¿Qué haré?

Don Antonio.

No aumentes, por Dios, mi desesperacion. Esas palabras rasgan mi pecho: no creía merecer, Amalia, sospechas tan viles. Yo.... te amo mas que te amaba, mas que á mí mismo.

Doña Amalia.

Pues si es asi habla, esplícame tu misteriosa conducta.

Don Antonio.

La amistad pone un candado á mis labios.

Doña Amalia.

Que lo abra el amor. ¿Será primero esa decantada amistad, que la union de nuestras almas? ¿No hemos jurado guardarnos eterna fidelidad? No, amigo, no es

1 *Azorado, temblando y haciendo lo mismo que Amelia manifiesta.*

guardarla el conservar ocultos los secretos. Pero ¡cielos! ¿qué quieren decir tus miradas, tu agitacion?

Don Antonio.

Perdona, Amalia: la amistad tiene el primer lugar en mi corazon. Si fuese capaz de faltar á mis deberes, seria indigno del cariño que me muestras. Amiga mia, á Dios: debo partir, sé feliz, no nos volveremos á ver.

Doña Amalia.

¡Tú partir! ¡tú abandonarme! ¿Qué se han hecho tu fe, tus promesas y juramentos? ¡Perjuro! Lo veo: me has engañado indignamente, me has vendido y ahora me desprecias. ¡Oh, qué victoria tan bárbara es la tuya! Te lo suplico: dime solo que no merezco el trato que me das; que te he sido fiel, y podré consolarme acusándote á ti solo de la desesperacion en que quedo.

Don Antonio.

Sí, amante mia: me has sido fiel. No te dejes llevar de las apariencias: oye el terrible juramento que voy á pronunciar, y sosiégate.

Doña Amalia.

Deten tus labios: no ofendas al cielo que nos oye poniéndolo por testigo de falsedades. Te prohibo que jures; ó teme mi indignacion: tu palabra me basta.

Don Antonio.

Pues bien: te doy mi palabra de que nunca

á muger ninguna daré una mano que estaba destinada para ti. El honor me arrastra á mi suplicio: el funesto honor me manda alejarme de este sitio, entre tanto que tú permanezcas en él. Luego que te hayas casado con tu primo, y hayas partido á Madrid, volveré á cuidar de nuestro padre, y á llorar la pérdida de mi felicidad.

Doña Amalia.

Eso sí, insúltame: palía con pretestos decorosos tu desprecio. Yo solo tengo un corazon, y ese te lo he entregado, falso. ¿Qué le habia de dar á mi primo? ¿Mi inconstancia, mi infidelidad y mis remordimientos? ¿Y es ese todo el misterio? No temas: no cabe en mí posponerte á hombre alguno, y mucho menos á mi primo, de cuya boca solo se oyen desprecios de mi sexo, y la espresion de unos sentimientos maliciosos.

Don Antonio.

Si no me aborreces, Amalia, cásate con el Marques. Nuestro padre lo ha determinado asi, y si rehusas obedecerle, dirá que yo te he seducido y he abusado de la hospitalidad que me dispensa. A mas, vuestra parienta instituye heredero á tu primo de sus inmensas riquezas, bajo la condicion de casarse con una de vosotras dos. Él te adora; solo á ti quiere por esposa, y sabes que Elisa nunca será de otro que de mi amigo el capitan Bell-sant, á pesar de que tu padre se ha empeñado tambien en que se case conmigo.

La felicidad de dos familias se asegura con tu consentimiento. Mis intereses empeoran de dia en dia; debo pues morir soltero, y tú, querida, ocupar el primer rango en la sociedad. Considera ahora si es el desprecio, ó el honor quien me obliga á ser infeliz.

Doña Amalia.

Y ¿eres tú quien asi me aconseja? Nunca lo esperé: creí que un verdadero amante me diria: desprecia una corona, si una corona te ofrecen. Los sacrificios que por el amor hagas son debidos inciensos que en sus aras quemas.

Don Antonio.

Mal hiciste en esperar vilezas de mí. Los beneficios que he recibido de tu padre me imponen la obligacion de ser agradecido.

Doña Amalia.

Conoces el caracter de mi padre: bondadoso é indeciso siempre titubea en sus resoluciones, y cualquiera le convence. ¿Por qué le juzgas ahora inflexible? El ama á su hija: ¿querrá verla morir de desconsuelo? Te llama á ti su hijo, y podrá contribuir á hacer tu desdicha?

Don Antonio.

Tú me propones mi deshonor. Amalia, sacrifico á la virtud mi felicidad. Si el Marques nota nuestra conversacion, si te ha visto seguirme hasta aqui, soy perdido. A Dios: no me detengas mas. Cuando vuelva

á nacer ese sol que nos ilumina, ya no habitaré tu casa. Recibe por última vez mis lágrimas. Vivia para ser feliz contigo, y el genio del mal nos separa. A Dios (1).

Doña Amalia.

Antonio, Antonio, oye....

Don Antonio.

¿Qué me quieres? Debo partir, amiga mia: no puedo escucharte (2).

Doña Amalia.

Y yo debo morir.

SCENA II.

Los mismos y el Marques.

Marques (3).

Detente, ¿dónde vas?

1 *Marchándose. Doña Amalia le coge del brazo para detenerle.*

2 *Se desprende suavemente de Doña Amalia. El Marques debe haber llegado al principio del óvalo por el anden de la izquierda un momento antes.*

3 *Al irse confusamente Don Antonio tropieza con el Marques, quien le vuelve á la Scena. Don Antonio queda confundido, y el Marques no cesa de mirar con indignacion ya á él, ya á Doña Amalia.*

Don Antonio.

No lo sé.

Marques.

¡El del corazon elevado! en fin.... hombre (1). Prima, vuestro padre os buscaba (2).

Doña Amalia.

Os agradezco el aviso: procuraré encontrarle (3).

SCENA III.

Don Antonio y el Marques.

Marques.

¿Es esta la generosidad de tus sentimientos, la ley del honor, la nobleza de tu alma? El engaño, la falsedad y la traicion son los adornos de tu pecho como distintivos del género humano. Diré á mi tio el seductor que han abrigado las paredes de su casa, y confundido y despreciado, recibirás el premio de tu obra.

Don Antonio.

Marques, por Dios: estoy inocente.

Marques.

¡Inocente! Amalia y tú solos en este lugar, los ojos llorosos, y estás inocente. ¿Ha-

1 *A media voz y aparte á Don Antonio.*
2 *Con cariño afectado á su prima.*
3 *Vase.*

beis combinado algun plan? Que salga de tu boca la verdad, o descubro, como he dicho, á mi tio tu ingratitud.

Don Antonio.

¿Mi ingratitud, Marques? No merezco el bárbaro trato que me dàs. Con palabras de amistad arrancaste de mi alma un secreto que no debiera haber salido de ella, y ahora abusando de mi noble confianza me amenazas con descubrirlo, porque sabes que me es mas funesto que la misma muerte. Yo ningun plan he formado, y he hablado con Amalia contra mi voluntad.

Marques.

¡Qué bien sabes disfrazar tu interior! Pero yo veré si conservas sentimientos de honradez, si obras como hablas, ó si me engañas. ¿Conoces que Amalia no puede ser tuya, que debe casarse conmigo?

Don Antonio.

Sí, lo conozco, y estoy pronto á sacrificarme porque se efectúe tu enlace. Mañana, hoy mismo voy á partir lejos de aqui. Sin embargo, nada lograrás: Amalia está inflexible.

Marques.

Solo un medio hay, y está en tu mano. Hemos de fingir que amas á mi hermana, y que por ella te ausentas de aqui.

Don Antonio.

¿Yo? ¡Seria tan vil que comprase mi in-

famia con las lágrimas de Amalia! ¡Me habia de creer ella un monstruo de perfidia que la habia engañado y sacrificado por otra muger que nunca he visto! Jamas tan negro borron envilecerá la memoria que de mí conserve.

Marques.

Tú lo pensarás mejor.

Don Antonio.

Nada debo pensar: partir en el momento es mi deber.

Marques.

Y mi interes detenerte. Tienes todas las propiedades de un lugareño: acalorado y facil en dar á conocer tu acaloramiento. Vamos, Antonio, calma, reflexion. Los hombres somos asi; malos é infames. Tú te empeñas en que los hay buenos, y ahora te desengañarás.

Don Antonio.

Si todos se parecieren á ti, no dudaria seguir esa opinion; pero no porque me haya cabido la desgracia de dar en manos de una alma falsa, y de un ser que oculta tan bien su caracter, he de creer que los demas son asi. Tu tio me ha ofrecido la mano de Elisa; es una ingratitud no aceptarla, y un crimen engañar á una joven tan amable casándome con ella, cuando en mi corazon reina su hermana. Nadie pues puede detenerme: quiero partir.

Marques (1).
Yo puedo....

Don Antonio.
¡Qué cobardía! Marques, estoy sin espada.

Marques.
Y yo con ella.

Don Antonio.
¿Te atreves á detenerme contra mi voluntad?

Marques.
Pero es la mia.

Don Antonio.
¡Cielos! ¿qué es esto que me sucede?

Marques.
Juegos de las amistades humanas.

Don Antonio.
Y ¿qué exiges de mí?

Marques.
Cálmate primero, y me esplicaré. ¡Qué cenador tan precioso! (2) Podemos sentar-

1 *A sangre fria.*
2 *Pasando los ojos por el Teatro, y tomando un tono burlon é insultante, se sienta, y Don Antonio permanece siempre de pie mirándole con indignacion.*

nos, Antonio. ¡Cómo ha de ser! La grandeza del corazon, la sublimidad del alma, los grandes sentimientos, y todo aquello que tú dices, solo existen en las imaginaciones de cuatro ignorantes. ¿Qué no te sientas?

Don Antonio.

¡Qué flema! Me abraso: mi corazon palpita con la mayor violencia (*aparte*).

Marques.

¿Eres devoto? Me pareció que rezabas.

Don Antonio.

Antes que la desesperacion me preste armas, y oponga mis brazos desnudos á esa espada ignominiosa, dime que exiges de mí, y déjame partir.

Marques (1).

Desde pequeño (tú te acuerdas de nuestro colegio) me dicen que tengo un caracter reflexivo, y que no se fia de todos: no sé si será cierto. Mi principal y único estudio ha tendido á levantar la cubierta del pecho humano. En el dia en viendo un pedazo de un cuadro, acostumbro á adivinar lo restante. Asi es, que luego que he sabido tu amor á Amalia viviendo en su misma casa, he creido muy natural su correspondencia, y me he persuadido que sin un enredo no

1 *Se levantará dándose mucha importancia.*

seria mi esposa. Tu matrimonio con Elisa, ó tu ausencia sin un colorido que te afee á sus ojos, encenderian su pasion y lograria con facilidad un cambio de parte de su padre, ó bien una dilacion que te favoreceria. Bajo estos principios se hace forzoso tu viage á Madrid en este mismo instante. Un destino honorífico á tu llegada, y la proteccion de la corte, serán la recompensa de tan pequeño sacrificio. Asi aseguras mi dicha, y yo las inmensas riquezas de la Condesa. Tu repentina desaparicion hará creible mi fábula, acerca de tu amor á mi hermana.

Don Antonio.

Estoy atónito: y mas me parece todo un sueño que la realidad. Tanta ignominia, tantas bajezas no son imaginables en un sugeto de tu clase, y que ha bebido buenos principios. ¡Quererse casar á la fuerza con una joven que ama á otro! ¡Obligarla á tal enlace con engaños indignos de quien piensa con delicadeza, y engaños que el tiempo ha de descubrir!

Marques.

Ese tiempo hará ver á Amalia la diferencia que hay de casarse con un Marques, á casarse con un particular: y en fin, me he de enlazar con una de las dos por la herencia de mi tia; y si la una me rehusa, ¿quién me asegura que la otra no me rehusará tambien? Para armar pues lazos á Elisa, prefiero armarlos á Amalia, que me gusta mas.

Don Antonio.

A mí me es imposible ahora.... la muerte antepongo á semejante vileza.

Marques.

¿Con que estás inflexible?

Don Antonio.

Lo estoy.

Marques.

Entonces me gobernaré de distinto modo.

Don Antonio.

¿Cómo?

Marques (1).

Vendrás conmigo á la presencia de mi tio, y alli me complaceré en verte confundido. Has seducido á su hija, y debes responder de tu crimen delante del amigo que te ha abierto sus brazos, que te ha protegido, te ha consolado, y á quien tú en pago arrebatas la grande fortuna que lograba con un enlace que reuniria las riquezas de tres casas poderosas, y la haria de las principales de la nacion: júzgate tú mismo.

Don Antonio.

¡O Dios! Marques, calla: te obedezco, partiré. Amalia, voy á clavar un puñal en tu pecho: pero cuando la virtud y el ho-

1 *Finge un grande entusiasmo, y una espresion que conmueven á Don Antonio.*

nor dirigen el brazo, solo puedo cerrar los ojos para no ver caer el golpe. ¡Ay infeliz! Exijo, Marques, una palabra: no le has de fingir ninguna fábula de otros amores mios: basta con mi ausencia.

Marques.

Te la doy: ¿dónde piensas dirigirte?

Don Antonio (1).

Al sepulcro.

SCENA IV.

El Marques solo.

Marques.

¡O herencia, cuánto me cuestas! Necesito valerme de todos los artificios para lograrte. Si consigo la opulencia, estaré en mi elemento. Amalia es hermosa; conozco que ha interesado mi alma, y es preciso que sea mi esposa. Oigo pasos.... (2). Es el necio de Don Juanito. Aprovechemos la ocasion de divertirnos á costa de un ignorante.

SCENA V.

El Marques y Don Juanito.

Don Juanito.

¡Qué solo, señor Marques! yo no puedo

1 *Vase por la izquierda.*
2 *Mirando hácia adentro.*

sufrir la soledad; me da un esplin que me mata. Compañero, hemos de ser amigos: no me creais como á Don Antonio, yo soy noble. A mas los dos tenemos unas mismas intenciones. He venido con el mismo obgeto que vos.

Marques.

No os entiendo.

Don Juanito.

Digo que he venido con ánimo de declarar á vuestro tio mi amor á Doña Elisa; pero como soy corto, y pone una cara tan seria, la verdad no me atrevo....

Marques.

Elisa se va á casar conmigo, péseos ó no os pese.

Don Juanito.

¿Elisa? ¡A fe que me ama poco!

Marques.

¿Y en qué lo conoceis?

Don Juanito.

En que siempre me está mirando. Si señor, no consentirá casarse con vos: ahora mismo me ha dicho que me quiere, y mucho. Yo lo conozco: ya se ve que lo conozco. Gracias á Dios, dice mi tia que tengo grande talento. Con que ved si conoceré si me quieren ó no me quieren.

Marques.

Callad, que sois muy niño: eso lo hace

Elisa por reirse. Ya ha firmado nuestra boda; solo me ha pedido la permita divertirse á vuestra salud.

Don Juanito.

¡A mi salud! ¿Y es verdad que ha firmado la boda? Pues yo se lo diré á mi padre, á mi tia, á mi tio y á toda mi familia. ¡Divertirse á mi salud!... ¡Caramba! Es bonito mi genio para que me pisen. Cabalmente mi tio el General ha tenido tres desafíos, aunque no llegó á batirse: y mi bisabuelo, sabed, que cogió dos banderas al enemigo, sin salir de su casa. ¡Mi familia! En mi familia no hay cobardes: y se ha de mover una bulla por esta picardía, que hemos de venir á sitiar el pueblo, y serán pasados á cuchillo hasta los perros. En diciendo mi tio á tres ó cuatro compañías de granaderos, aquellos de los bigotes....

Marques (1).

Ahora acreditareis esas fanfarronadas: probareis vuestro brazo con uno que está ya acostumbrado á sostenerse en su puesto no una sola vez sino muchas.

Don Juanito.

No señor, no; si yo no decia nada: si yo... os quiero mucho.

1 *Fingiendo enojo, y sacando la espada: Don Juanito asustado va retrocediendo.*

Marques (1).

Eso es otra cosa : Elisa ha de ser mia.

Don Juanito.

Si señor : en ir á Madrid os he de enseñar mi novia que es alta, joven, bella, de las mejores mozas que pasean el prado. Si señor, Elisa para vos : solamente que si mi tio lo sabe, puede ser que entonces....

Marques (2).

Os corte yo la cabeza si....

Don Juanito (3).

Ay, ay, ay ; no señor, envainadla: eso son malas chanzas, y jugando podeis matarme.

Marques.

Sois un joven de valor. Habeis alborotado el jardin (4), y viene hácia aqui alguien: contad con que á la menor palabra que se os escape peligra vuestra vida (5).

1 *Envainando la espada.*
2 *Desenvainándola, y en ademan de herirle.*
3 *Gritando.*
4 *Mirando hácia la derecha.*
5 *Vase por el anden de la izquierda riéndose, y sale Doña Amalia por el de la derecha.*

SCENA VI.

Don Juanito y Doña Amalia.

Doña Amalia.

¿Quién prorumpia en unos ayes que me han aterrado? ¿Dónde han ido Antonio y mi primo?

Don Juanito.

No puedo hablar.

Doña Amalia.

No me desconsoleis, Don Juanito: no estoy para burlas: decidme, ¿qué se han hecho Antonio y mi primo? ¡Ay! tiemblo.... ¿no me respondeis?

Don Juanito.

Si no nos oyese nadie.... yo no tengo miedo: pero vuestro primo es tan serio, y al instante.... Cabalmente mi padre no ha venido.

Doña Amalia.

Esplicaos, no me tengais en ascuas: ¿dónde han ido? ¿qué se han hecho?

Don Juanito.

¡Aquella espada! Si señor, se figura que porque su espada es nueva ha de insultar á todos. A mi tio le costó una cuarenta duros, y no insulta á nadie.

Doña Amalia.

¡Cielos! ¡Hablais de espadas, y ellos no estan! Antonio, Antonio; habrá perecido. ¿Qué dudo? Don Juanito, decidme la verdad: ¿se han desafiado? ¿Qué ha sucedido?

Don Juanito.

¡Al fin él se ha ido! ¡Me dais palabra de no contar nada á vuestro primo?

Doña Amalia.

Sí, nunca lo sabrá de mi boca: hablad pronto, que los momentos son preciosos.

Don Juanito.

Es que si llegase á saber que yo os habia dicho....

Doña Amalia.

Os repito que no lo sabrá.

Don Juanito.

Cuando yo he llegado.... ¿Oís pasos?

Doña Amalia.

No señor, nadie viene.

Don Juanito.

Me equivoqué. Cuando yo he llegado, el Marques vuestro primo, con una cara seria, ojos relucientes, frente arrugada, y la una mano en la espada.... mas yo temo que nos sorprendan; no soy cobarde, pero á veces no basta ser valientes.

Doña Amalia (1).

¡Qué impaciencia! ¿Mi primo su mano en la espada, y os interrumpís?

Don Juanito.

Sí, sí, gritad que nos oigan, y que me mate el Marques. La culpa es mia por haber hablado. Al menos me acompañara mi criado Roque, que es tan forzudo.

Doña Amalia.

No hay paciencia para sufrir vuestro lenguage: mi corazon arde cual una llama. Os suplico que me descubrais tantos misterios. ¿Habeis visto á Antonio? ¿Qué significa esa confusa pintura de mi primo que acabais de hacerme?

Don Juanito.

Señora, sosegaos: me avergüenza en una dama ese lenguage. Vuestro primo estaba solo, pensativo; y á Don Antonio por parte ninguna he visto.

Doña Amalia.

¡Estaba solo! ¿Y qué os ha dicho?

Don Juanito.

¡Caramba, teneis unas cosas! Será preciso no callarlo: me ha dicho que probase mi brazo con el suyo, que ya estaba acostumbrado á sostenerse en su puesto: y á Don Antonio repito que no lo he visto.

1 *Desesperada, y á grandes voces.*

Doña Amalia.

Ya es cierta, Dios mio, mi ruina. ¡Infeliz! (1)

Don Juanito.

¡Qué palidez! Doña Amalia, señora; ¿os habeis indispuesto? ¿Y ahora qué haré? El médico de mi padre que es el mejor de Madrid nos hace falta. Todo son desgracias desde que hemos regresado: ¿Qué teneis? Voy á gritar.

Doña Amalia.

No necesito auxilios de nadie: solo los vuestros. Hacedme el favor entre tanto me recobro de llamar á mi padre: decidle que he de hablarle sin testigos, que necesito verle aqui, y en este momento.

Don Juanito.

Vuelo á decírselo: (2) y por fortuna viene Doña Elisa. Le diria aquello que me ha contado el Marques, pero ¿y la espada? (3)

SCENA VII.

Doña Amalia y Doña Elisa.

Doña Amalia (4).

¡Elisa! Le ha muerto: ya no existirá.

1 *No pudiéndose sostener se sienta.*
2 *Mirando hácia dentro.*
3 *Vase haciendo cortesías á* **Doña Elisa.**
4 *Levántase con entusiasmo.*

Doña Elisa.

Querida, ¿á quién?

Doña Amalia.

A Antonio.

Doña Elisa.

¿A Antonio han muerto? ¡Cielos!

Doña Amalia.

A Antonio, al compañero de nuestra infancia, á aquel de cuyo labio solo recibia elogios la virtud, al que mi corazon adoraba.

Doña Elisa.

Tu dolor, Amalia, tu dolor traspasa mi pecho.

Doña Amalia.

¡Ah! tú sabes cuanto le amaba: tú sabes que desde nuestros primeros años nos juramos un amor eterno. Nuestros pensamientos, nuestras inclinaciones, nuestros deseos eran unos mismos: él veía con mis ojos, hablaba con mi lengua, y palpitaba con mi corazon: yo reía con su risa, y lloraba con sus lágrimas. Una era nuestra alma, solamente eran dos nuestros cuerpos. Tú, Elisa, lo has visto: ¡y el infeliz! no, yo no puedo sobrevivirle.

Doña Elisa.

Pero, Amalia, ¿dónde está? ¿dónde le han muerto? ¿Le has visto tú?

Doña Amalia.

No; Don Juanitó, aunque misteriosamente me ha impuesto en el fatal secreto.

Doña Elisa.

Todavía no puedo persuadirme semejante atentado. Será equivocacion, no lo dudes: Antonio no tiene enemigos.

Doña Amalia.

Unó tiene: nuestro primo.

Doña Elisa.

¿Hubiera sido capaz de una accion tan bárbara?

Doña Amalia.

Los celos son furiosos, y el Marques me ama por su conveniencia.

Doña Elisa.

Él ha venido á perturbar la paz que disfrutábamos.

Doña Amalia.

¡Ay! ahora principian mis desgracias. Padre quiere que sea yo su esposa, y queria tambien que el infeliz Antonio se casase contigo. ¡Qué duro es tener que oponerse á la voluntad de un padre tan bueno!

Doña Elisa.

Si padre hubiese sabido el amor que os profesabais, no pensaria en unirle á mí. ¡Oh hermana mia! ¿Consentiria yo en semejante

enlace? ¡Amo mas tu felicidad que la mia propia, Amalia!!!

Doña Amalia.

¡Elisa!!! (1)

SCENA VIII.

Las mismas, el Marques y Don Felipe.

Don Felipe (2).

¿Dónde, dónde está Amalia? ¿Dónde está mi hija?

Marques.

Aqui, padre mio: en vuestro corazon. ¡Oh Dios! (3)

Marques.

Señora, ¿os he asustado?

Doña Amalia.

¿Todavía teneis valor para presentaros á mis ojos? ¡Ay! que ese brazo una en el se-

1 *Se arroja á los brazos de su hermana, arrebatada por un trasporte de cariño: en cuya posicion las encuentran el Marques y Don Felipe que entran precipitadamente.*

2 *Al oir Doña Amalia lo que dice su padre entrando, se desprende de los brazos de su hermana, y se precipita en los suyos sin reparar en el Marques que viene dos pasos mas atras.*

3 *Al apoyar su cabeza en el hombro de su padre, repara en el Marques, y esclama horrorizada el ¡Oh Dios!*

pulcro dos almas que habeis separado: teñid vuestra espada tambien con esta sangre.

Don Felipe (1).

¿Has perdido, Amalia, el juicio? ¿Qué significa todo eso? ¿Tan pronto te has recobrado de tu accidente? Don Juanito con sus misterios me habia hecho creer que no te veria ya viva: ¡y te encuentro tan trastornada!

Doña Amalia (2).

No, padre mio: ningun accidente he tenido. Mi único dolor es la indiferencia con que recibís la muerte de vuestro mejor amigo.

Don Felipe.

¿De mi amigo?

Doña Amalia.

De Antonio.

Don Felipe y el Marques (3).

¡De Antonio!

Doña Amalia (4).

¿Y vos os admirais?

Marques.

Me admiro, señora, me admiro. ¿Ha de

1 *Admirado.*
2 *Desesperada.*
3 *Llenos de admiracion.*
4 *Al Marques.*

ser tanta la maldad del pecho humano? No temais; Antonio vive, y camina hácia su felicidad. Acaba de partir á Madrid, donde le llaman sus amores con mi hermana: él mismo me ha encargado os lo digera.

Doña Amalia.

¿Y ha partido? (1)

Marques.

Fiad de los hombres: tienen miel en los labios, y acibar en el corazon. Leo en este momento todo el misterio. Vos amabais á Antonio, y ha abusado pérfidamente de vuestra inocencia: os ha abandonado por mi hermana. Pero, prima, el cielo os concede la ocasion de vengaros. Ahora mismo debe quedar concluido mi matrimonio, y os declaro delante de vuestro padre que vos sois el obgeto de mi eleccion: os amo con el mayor ardor, y me creeré feliz si me correspondeis.

Don Felipe.

Tu primo, Amalia, debe ser tu esposo: nuestra familia se interesa en este enlace. Sin embargo ahora no estoy para tratar de nada. ¡Haberse ido Antonio sin confiar á mi amistad el motivo de su viage! Por eso le he visto tan triste: por eso me ocultaba hoy su dolor. Amalia, Elisa, ¡tanto que le hemos amado!

1 *Queda pensativa.*

Doña Amalia.

Padre mio, ¡qué desgraciada soy! Entiendo, primo, entiendo el interes que os ha movido á que partiese sin despedirse de nosotros. Todo es obra vuestra: contra su voluntad, y quizás por una nobleza demasiado grande se ha ausentado á sacrificar su propia felicidad. Padre mio, vos me habeis dado el ser, me habeis educado, habeis trabajado por hacerme dichosa, y yo he sido una ingrata que he procedido con reserva. Antonio me ama, yo le amo mas que á mí misma: nos hemos jurado fidelidad, y esperábamos ser el apoyo y la delicia de vuestros últimos años. Desde que mi primo ha venido, y vos habeis manifestado á Antonio que yo debia ser su esposa, que creyendo muy ventajoso tal enlace, ha ofrecido no ser mio para que quedeis obedecido, y su falso amigo logre la deseada herencia.

Marques.

Permitid, señora, que os interrumpa. ¿Defendeis con tanto entusiasmo á un amante perjuro que os deja, por cumplir una palabra que dió hace algunos años? En fin, me favoreceis muy poco, presumiendo sea capaz de una bajeza sin interes ninguno. Mi tio me ha ofrecido vuestra mano, y descanso sobre su promesa. No me parece que os perjudica tanto un enlace, en el cual pasais de una clase media al primer rango de la sociedad. El título de Marquesa, veros

nadando en la opulencia, ver dedicadas á realzar vuestra hermosura las artes, la música y el baile en una corte donde hareis el primer papel, ver cual os tributan adoraciones los cortesanos, os veneran los criados....

Doña Amalia (1).

Y entre tanto que todos estos obgetos se dedican á hacerme feliz, ¡sentir el dolor de una espina que me punzará el pecho, odiar á los que me rodeen, y adorar al que no podré ni aun mirar! ¡Ah! ¿Qué valen, de qué sirven las diversiones que causan astío, los placeres que repugnan á una alma sensible, comparados con la desazon, el desfallecimiento y el desprecio de nosotros mismos?

Don Felipe.

No, hija mia; contra tu voluntad nunca te casarás: inmediatamente mandaré un criado en busca de Antonio, y sabremos la verdad. ¡Si me lo hubierais dicho! ¡Pobre Antonio! ¡llorar me hace!.. (2)

SCENA IX.

Los mismos, menos Don Felipe.

Marques.

¿Y asi cede mi tio al loco entusiasmo de una cabeza desorganizada? ¡Es imposible

1 *Interrumpiéndole con el mayor calor.*
2 *Vase llorando.*

que una muger desprecie en la calma de su juicio un esposo rico, noble y de mi clase por la incierta esperanza de un mancebo sin hogar ni fortuna: ¡la facilidad de vuestro sexo es esa! Lo llorareis cuando no habrá remedio; y vuestro debil padre que no tiene ningun caracter lo llorará tambien.

Doña Amalia.

El interes nada tiene que ver con el corazon: si hubieseis venido algunos años antes, cuando aun no habia ofrecido nada á Antonio; si hubiese encontrado en vos sus virtudes y sus prendas, me hubieran entonces vencido las consideraciones de mi familia. Las mugeres de honor, os he dicho esta mañana al llegar, solo conocen un amor y una palabra.

Marques.

Todavía no salgo de mi sorpresa: ¡yo despreciado y pospuesto á Antonio! (¡Si él siguiese la ficcion, ó no alcanzase el criado!) (*aparte*).

Doña Elisa.

¿Y si fuese cierta la partida de Antonio?

Marques.

Pronto os desengañareis; pronto vereis á Antonio sin la máscara hipócrita con que se ha cubierto por espacio de tanto tiempo. Ha seguido una correspondencia secreta con mi hermana, entre tanto que os engañaba, y en ella le decia que os tomaba por obge-

to de su diversion, y que solo á mi hermana adoraba.

Doña Amalia.

Es de tal naturaleza lo que contais, que ni dudarlo cabe en mí.

Marques.

¡Qué terquedad! Os avergonzareis despues de ella.

Doña Amalia.

Solo me avergüenzo cuando obro mal.

SCENA X.

Los mismos, y Don Juanito.

Don Juanito (1).

He corrido el jardin dos veces buscándoos, y eso que sabia que estabais en este cenador: ¡Qué cabeza! Tenemos que hablar muchas cosas.... (2) ¡Ay!

Doña Elisa.

¿Qué os ha dado?

Don Juanito.

Nada, no señora: si es que el pie.... aqui.... en esta piedra (3).

1 *Principia á hablar con Doña Elisa sin ver al Marques.*
2 *Viendo al Marques.*
3 *Señalando el estremo de un asiento.*

Marques (1).

Os habreis paseado: el dia es hermoso.

Don Juanito.

¡Si vieseis qué sauce tan grande hay en un rincon del jardin! Es el mayor que he visto; ¡tan pomposo! Me da gusto el mirarlo: allá vuelvo á su sombra.

Marques.

Yo os acompañaré: quiero verle.

Don Juanito (2).

No señor, si vengo ahora de alli: estoy cansado.

Marques.

Debeis haceros militar: la nacion necesita de valientes, y lo sois á prueba.

Don Juanito.

Esta tarde en regresando, ¡qué cara me pondrá Leonor!

Doña Elisa.

¿Nos dejais esta tarde?

Don Juanito.

Es preciso: porque quiero que Leonor

1 *Fingiendo serenidad y desprecio, y tomando á Don Juanito por obgeto de su maligna sátira.*

2 *Dando á entender que huye de donde está el Marques.*

presencie vuestra boda, y volveré á acompañarla y á bailar en tan feliz dia con vos, señora Marquesa.

Doña Elisa.

¿De dónde os habeis sacado semejante tontería?

Don Juanito.

Me lo ha dicho.... (1) ¡Ah! nadie, nadie me lo ha dicho.

Doña Amalia.

Debo daros l•s gracias, Don Juanito, por el susto que con vuestros misterios ha recibido mi padre: y tambien por el que yo antes recibí. ¡Sois muy particular!

Don Juanito.

Si mi padre ya me lo dice que no sé esplicarme: todo lo enredo.

Marques.

¿Tanto os pesaria, Elisa, ser Marquesa?

Doña Elisa.

Amo mucho á mi hermana, y pienso lo mismo que ella.

Doña Amalia.

Estan muy unidas nuestras voluntades.

1 *Habla inadvertidamente, y al oir que tose el Marques entra en sí mismo.*

Marques.

En mi vida he recibido tantos insultos. ¡Soy yo quien ha despreciado vuestro sexo, y quien le ha mirado bajo el aspecto que se merece! ¡Y ahora mendigo una mano! Sereis mia, Amalia: el Rey os obligará. Las disposiciones testamentarias de nuestra tia se han de cumplir, y un capricho no ha de destruir la grandeza de mi casa.

Don Juanito.

¿Con que os casais con las dos señoras? ¡Vaya! Cuando me digisteis que ibais á ser marido de Doña Elisa yo me sorprendí, porque.... Si señor, Doña Elisa no es tan seria como su hermana: y vos quereis que no se rian.

Doña Elisa.

Estraño que mi primo faltase asi á la verdad. Las jóvenes que viven infelices y oprimidas en sus casas son las que desean salir de la tiranía de sus padres por medio del matrimonio; pero el nuestro nos hace tan dichosas, que es preciso renunciar á la felicidad para ausentarse de su compañía. Jamas me casaré con hombre que me haya de obligar á dejar la casa paterna.

Don Juanito.

Entonces tambien me quedo yo fresco.

Marques.

¿Callareis? (1) ¡Lo que hace la debilidad

1 *A Don Juanito.*

de los padres! Un sexo que encuentra sus placeres en la contradiccion no debe tener libertad de elegir. Con las cadenas se sugetan los hombres malvados: y las mugeres, cuyo corazon es peor que el mayor de estos criminales, con la opresion y el encierro. ¡Una muger! ¡Oh ignorancia de la sociedad, que pudiendo servirse de esclavas que la obedezcan las erige en diosas de quienes ella es esclava.

SCENA XI.

Los mismos, y Don Felipe.

Don Felipe.

Ya ha partido Antonio, es cierto. Dos criados van en su busca por si se ha detenido en el pueblo.

Doña Amalia.

¿Con que es verdad? padre mio, sostenedme (1).

Don Felipe.

¿Qué tienes, Amalia?

Doña Amalia.

Nada: he formado mi resolucion.

Marques.

No me queriais creer: me alegro. (La fortuna me favorece). (*aparte*).

1 *Se apoya un momento en su padre: queda pensativa y aparenta serenarse.*

Don Felipe.

Vaya, hijas mias, señores, que este suceso no perturbe la paz de nuestros corazones, en un dia tan hermoso. He mandado que nos sirvan la comida á la entrada del jardin bajo del enramado para hacerlo mas campestre: solo espero, si viene pronto Antonio ó no.

Don Juanito.

¡Con qué frescura comeremos! El calor nó fatiga en unos sitios tan deliciosos: pero en Madrid no se puede vivir.

Marques (1).

Lo sabemos, caballerito. Pensad, tio, que hace tres dias que estoy aqui, y que son pocos los que el Rey me ha dado de permiso. Mañana al amanecer debo regresar; y asi espero que ahora mismo quedará concluido mi matrimonio.

Don Felipe.

Yo respeto las disposiciones de mi parienta, y el honor que por ellas me cabe; pero si mis hijas, sin embargo de mis deseos.... Amalia he decidido sea de Antonio: se aman, y Dios me libre de oponerme á su voluntad.

Marques.

¿Con que un capricho ha de prevalecer

1 *Con una mirada amenazante, y volviéndose de repente á su tio.*

sobre la gloria de toda nuestra familia y nuestros mas respetables gefes?

Don Felipe.

Hombre, sino quiere, ¿qué he de hacer? Elisa, tú puedes casarte con tu primo, y quedan todos contentos.... (1). ¿No respondes?

Doña Amalia.

No os canseis, padre mio: nuestro respeto es igual á nuestro amor. Mi primo desde que hemos llegado no ha cesado de hablar contra nuestro sexo con un desprecio, segun dicen, de moda. Se ha atrevido á asegurar que la opresion y el encierro deben sugetar á las mugeres como las cadenas á los criminales. ¿Qué podemos esperar de un hombre asi? ¿Qué podemos esperar de unos sentimientos tan bajos? Mil veces, padre mio, nos habeis dicho vos mismo que el matrimonio era el término de una joven: que de la eleccion que hiciese dimanaria la dicha ó infortunio de toda su vida. Que para no equivocarse en tan importante asunto, deberian no cegarnos las riquezas, ni el esterior, sino estudiar el corazon del hombre, y aquel en quien mas virtudes y mejores sentimientos viésemos, habíamos de procurar atraerle hácia nosotras, y hacerle dueño de nuestra alma, porque solo de él podíamos aguardar la felicidad. Asi la elevacion y nobleza de Antonio me rindie-

1 *Momento de silencio.*

ron, creyéndole incapaz de la vileza que ha cometido: ahora todos los hombres son iguales: los desprecio; y Elisa repugna tambien esclavizar su albedrío sin sentir interes ninguno. Os suplicamos, primo, que nos dispenseis del honor que nuestra familia quiere hacernos. Criadas en este retiro, solo ansiamos ser felices con nuestro padre, cuidarle en su vejez con el estremo con que nos cuidó en nuestra infancia.

Don Juanito.

Qué bien ha hablado Doña Amalia: parece que haya estudiado.

Don Felipe.

Sobrino, ya tú has oido: ponte en mi lugar, y di qué harias. Siento verdaderamente desairar á mi hermano....

Marques (1).

No, señor, no le desairais. Sabed que todavía necesitaba yo vencer mis principios para efectuar un enlace.... en que nada ganaba: y en prueba de ello S. M. solo me ha concedido permiso para venir y no para casarme. Mi padre, en vista de esta resolucion, despreciará el testamento, y cambiará de idea: os doy las gracias porque me dejais en libertad.

1 *Con mucho desprecio, y aparentando frialdad.*

SCENA ULTIMA.

Los mismos y Don Antonio.

Don Antonio.

Señor (1), vuestro criado Alfonso me obliga á venir contra mi voluntad. Iba á montar en el caballo cuando ha llegado, y con violencia me ha precisado á seguirle. Ignoro qué motivo os he dado para que se me trate asi.

Doña Amalia.

¡Ingrato! ¡Con que ibas á partir sin decir á Dios á nuestro padre ni á nosotras! ¿Ha cabido en ti ese proceder?

Don Juanito.

Amiguito (2), Doña Amalia os ama mucho, y es muy sabia. ¡Oh! yo lo conozco, y soy muy buen fisionomista.

Don Felipe.

Vamos, Antonio; Amalia me lo ha confesado todo: solo siento la poca confianza que de mí habeis hecho. Os casareis, y adquirirás un nuevo título á mi amor. Dame esos brazos (3).

1 *A Don Felipe.*
2 *A Don Antonio.*
3 *Se abrazan.*

Don Antonio.

¡Padre mio!

Don Juanito.

¡Qué fortuna! Al menos hemos quedado iguales, Marques.

Doña Elisa.

¿Con que te dirigias, Antonio, á Madrid?

Don Antonio.

Sí, Elisa.

Don Juanito.

Bueno: cuando el Marques lo ha dicho, no seria verdad! Un Marques no puede mentir.

Doña Amalia.

¿Con que tú amas á la hermana del Marques? (1).

Don Antonio.

Marques, ¿asi has cumplido tu palabra? Jamas la he visto: sabedor de que nuestro padre habia determinado dar tu mano á su sobrino, y pareciéndome muy ventajoso tal enlace, creí que seria un acto de ingratitud oponerme á ello. Por una debilidad confesé al Marques el amor que te profesaba, y lo doloroso que me era sacrificarlo á las leyes del honor y del agradecimiento

1 *A Don Antonio.*

Me amenazó con descubrir mi secreto á su tio sino partia en el instante, para que tú despechada me despreciases y consintieses en ser su esposa. Entonces preferí pasar por un perjuro antes que por un ingrato; y marché con ánimo de no regresar hasta que hubieseis dejado este pueblo casados ya.

Don Juanito.

¡Qué chanzas tiene el Marques!

Doña Amalia.

¡Cielos! ¿Tú has sido capaz de tal bajeza, de tal perjurio? ¡Infeliz!

Don Antonio.

Pero, Amalia....

Doña Amalia.

Calla, que me aterra ya tu voz. He determinado, padre mio.... Un claustro verá el fin de mis dias.

Don Antonio y Don Felipe.

¡Amalia!

Don Juanito.

Tendreis que aprender latin para entrar monja.

Doña Amalia.

Oidme. Desde niña he jurado que en mi pecho solo tendria cabida un amor, y que

este me haria feliz, ó renunciaria al mundo: he jurado tambien que no dejaria al amante que eligiese por un cetro ni por una corona; y que él habia de hacer otro tanto. Creí, ¡ó cuánto me equivoqué! que Antonio era el único que abrigaba iguales ideas, y cuando me dijo que me amaba, me juzgué segura de que no me abandonaria por el universo entero. El infeliz ha tenido la debilidad de posponerme á una delicadeza mal entendida, y por una cobardía impropia del que ama. Una muger debe mantener su dignidad, y perecer por ella. ¿No seria una humillacion habiendo partido voluntariamente, por lo cual debia yo creer que me despreciaba, llamarle y decirle ven á ser mi esposo? No, padre mio: si le he amado, esta accion me restituye mi libertad. Jamas dudé, miserable, de ti (1): sabe que á pesar de asegurarme tu partida, lo dudaba; y hubiera derramado mi sangre defendiendo que no eras capaz de ausentarte y abandonarme á la desesperacion, aunque te hubieran obligado con puñales.

Don Antonio.

Conozco mi error, y me avergüenzo: perdona, Amalia, un entusiasmo intempestivo: mi voluntad no ha tenido parte en él.

Doña Amalia.

Te perdono con la condicion de que nun-

1 *A Don Antonio.*

ca me hables de tu amor. Un claustro, repito, es mi deseo.

Don Juanito.

Si lo he dicho: es un pozo de ciencia Doña Amalia.

Marques (1).

¡Acabareis de disparatar! Amalia, me parece que procedeis con demasiado orgullo.

Doña Amalia.

Es inutil: lo he ofrecido, jamas me casaré con Antonio. Si no ha sido capaz de resistir á una prueba tan pequeña, ¿lo seria si la fortuna presentase otras mayores que superar?

Don Felipe.

Y ¿quiéres abandonarme, hija mia?

Doña Amalia.

Esas palabras parten mi alma. Vos, padre mio, sereis mi esposo. No os dejaré; pero prometedme que jamas se me hablará de matrimonio.

Don Felipe.

Te lo prometo.

1 *Colérico á Don Juanito.*

Doña Amalia.

Ya descanso. Primo, Antonio, Don Juanito, la comida debe estar ya en la mesa, olvidemos lo sucedido. Madrid está lleno de señoras, á quienes podreis hacer felices con vuestras manos. Acordaos de este dia: no ahora sino cuando principieis en el café á decir que nuestro sexo solo ansia casarse; y confesad á lo menos que no todas son coquetas.

Don Juanito.

Sí, lo diremos; y que todos tres jóvenes y buenos mozos, hemos sido despreciados.